

IBEROAMÉRICA ANTE EL IMPERIALISMO

Por Patricio AYLWIN AZOCAR

“Jalonando el camino seguido por la humanidad blanquean las osamentas de los pueblos débiles... Países de cinco, diez o veinte millones de habitantes no tienen en la hora actual sitio alguno en la historia, como no sea para padecerla. Quedan entregados al arbitrio de las grandes naciones o grupos de naciones que dictan el estatuto político y económico del planeta. Actúan simplemente de comparsas. Tal es el poco honroso papel que actualmente desempeña cada uno de los países hispanoamericanos”.

(Alejandro Magnet, «ORÍGENES Y ANTECEDENTES DEL PANAMERICANISMO»).

El ya viejo problema de las relaciones interamericanas y de la hegemonía de Estados Unidos sobre los demás pueblos del continente es, quizá, el más trascendental de cuantos en este instante podemos plantearnos. Abordarlo es encarar la incógnita del destino de los pueblos ibéricos de América; confrontar su vocación de naciones libres con su actual circunstancia de naciones dependientes a fin de descubrir lo que estos pueblos han de ser y, en consecuencia, lo que sus hijos tenemos que hacer.

Y es ya tiempo de que lo afrontemos en verdad. Los países iberoamericanos han llegado en su adolescencia hasta ese punto en que no se puede seguir viviendo plácidamente a merced de los hechos, sino que es preciso decidir. Deben al fin desentrañar de sí mismos y de su mundo su propio quehacer y disponerse a acometerlo sin vacilaciones. La reciente guerra los hizo saltar, por vez primera y en modestísimo rol, al escenario del drama mundial, y ahora necesitan resolver sobre la actuación que en él les corresponderá desempeñar: si se proponen llegar a ser actores o han de contentarse con el triste papel de las comparsas.

La cuestión es ardua de por sí y muchas otras, extrañas a ella misma, concurren a complicarla más aún. Si queremos realmente resolverla debemos pensarla en forma seria, con calma y con veracidad. Para mal nuestro, se presta bastante a declamaciones estériles con las cuales es fácil contentarse. Su simple enunciación despierta cantidad de prejuicios, pasiones e intereses; muchas “fo-bias” y “filias” impiden la serenidad que

es menester para ver claro en el problema y penetrarlo en su profundidad. Y sin esto no es posible solución alguna. El camino trillado de las reacciones impulsivas, de los lirismos pasionales, de las actitudes prejuiciadas o interesadas, no conduce a nada positivo; sólo sirve para adormecer las conciencias o sembrar odios malsanos, y en uno y otro caso, hacerle el juego a terceros. Necesario es, pues, para tratar bien el asunto y, por lo mucho que en él nos va, despejar nuestro espíritu de toda influencia perturbadora, renunciar a la tentación de las soluciones fáciles y poner toda nuestra capacidad en la tarea de comprenderlo plenamente.

Esta es, en realidad, una tarea de investigación científica, pues la política — no hay que olvidarlo — es ciencia además de arte.

Para comprender con exactitud el fenómeno de la hegemonía, animada o no de espíritu imperialista, que los Estados Unidos ejercen en el Nuevo Mundo, es necesario estudiar este fenómeno en su medio ambiente: el sistema internacional americano. La definición, el examen de la formación de éste, nos explicarán el origen de aquél y la naturaleza, modalidades y razón de ser de las relaciones entre las dos Américas (no tres); relaciones que, desde hace más de medio siglo, se vienen desarrollando en el marco de la llamada política panamericana.

Esta investigación científica es previa. En seguida, sobre la base de los hechos observados y de acuerdo con las leyes de ellos deducidas, se deben señalar las soluciones posibles a dicho problema, ele-

gir entre éstas la mejor, valorar los factores que la favorecen y los que han de ser obstáculos a la obtención de ella. ¿Y cuál es, pues, la solución que se busca? El establecimiento de un sistema de relaciones americanas e interamericanas que mantenga la paz en un pie de igualdad internacional, asegure la independencia de todas y cada una de las naciones ibero-americanas y, de tal manera, el libre desarrollo de sus posibilidades espirituales y económicas bajo el signo de una unidad ibero-americana que quizá esté llamada a tener una influencia como tal en el desarrollo de la historia del mundo.

Cada uno de estos aspectos entraña múltiples cuestiones que deben ser resueltas. Plantear las principales —no resolverlas— es lo que nos proponemos por el momento.

I

La historia nos muestra que siempre las naciones poderosas han ejercido predominio sobre las demás. En nuestro tiempo, en que los avances de la técnica moderna hacen cada vez más cierta la interdependencia entre los pueblos y más pequeño el mundo, este fenómeno de la dominación de los fuertes sobre los débiles se universaliza; ninguna nación puede aislarse y escapar a él.

Nos toca hoy vivir bajo la hegemonía de tres países, Estados Unidos, Inglaterra y Rusia, que han asumido el gobierno del mundo. Quiérase o no, estos tres Estados hacen sentir su influencia rectora sobre todo el orbe, el que se encuentra dividido en zonas o campos según sea aquel de ellos cuya dominación prevalece. Y su predominio va desde la forma primaria y brutal de la imposición por la fuerza de las armas hasta la refinada forma de la conquista ideológica o espiritual, pasando por la no menos grave de la penetración económica. Es lo que llamamos imperialismo.

Ante este hecho, cuya existencia no cabe discutir, nosotros los chilenos nos encontramos en la ingrata posición de todos los hijos de naciones débiles. Y en igual situación se hallan los demás pueblos de la América Ibero. Por razón de geografía

estamos dentro de la esfera de influencia de los Estados Unidos de Norteamérica y éstos ejercen su poder sobre nosotros, principalmente, a través de la acción económica de sus capitalistas.

América presenta a la faz del mundo un desequilibrio extraordinario. En el Norte una sola nación, inmensa y poderosísima; de abundante y homogénea población sajona, emprendedora y esforzada; de gigantesca producción industrializada al máximo; dueña de enormes capitales; acreedora de casi todos los pueblos de la tierra; con un alto standard de vida para sus habitantes; supercivilizada, en suma. Y en el Sur el agregado de veinte naciones latinas, pequeñas y débiles, sin unidad política ni económica; de escasa población algo abúlica; productora sólo de materias primas y con métodos rudimentarios; faltas de capitales aún para explotar sus propias riquezas, que están en manos ajenas; deudoras de países extranjeros, principalmente de Estados Unidos, y con un bajo standard de vida para la mayoría de sus habitantes, que —como alguien ha dicho— tratan de consumir como civilizados mientras producen como primitivos.

No es extraño, pues, dado el hecho de este desequilibrio, que Estados Unidos mande en el Continente. Su imperio o supremacía resulta, así, del mismo orden que los fenómenos físicos; la fuerza tiene, desgraciadamente, un poder expansivo natural que tiende a ejercerse en detrimento de los débiles. Y contra esto, el único remedio para los débiles es superar su propia flaqueza y fortalecerse a sí mismos lo suficiente como para tratar con el poderoso en plano de igualdad real.

Pero no basta con establecer el hecho de ese desequilibrio. Preciso es, además, determinar en qué medida la dominación que sufrimos es sólo consecuencia natural e inevitable de la descomposición del poder de las dos Américas, y en qué medida, además, es resultado del abuso de su fuerza por la nación del Norte o de la complacencia culpable de las naciones del Sur. Porque, desgraciadamente, ambas cosas existen.

Abusan de su fuerza los norteamericanos cuando, por ejemplo, pretenden forzar

la política interna o externa de los Estados de la América Iberoamericana, cuando ponen obstáculos a sus nuevas industrias y cuando pagan salarios exigüos, muy por debajo de los que ganan sus compatriotas, a los obreros que en nuestras tierras trabajan para ellos.

Y hay complacencia culpable de los iberoamericanos cuando por complejo de inferioridad, por servilismo ante el poderoso, por torpeza o por venalidad, hacen el juego al imperialismo yanqui, admiten sin protesta sus abusos y aún se adelantan a otorgarle concesiones especiales, como vergonzosamente suele suceder.

Sin contar con que una desgraciada y compleja evolución histórica actúa en Iberoamérica en el sentido de impedir la constitución de gobiernos regulares que formen la conciencia política de los pueblos y puedan desarrollar una obra continuada, tanto en la organización interior de cada país como en el plano internacional. Los inestables y constitucionalmente débiles gobiernos de nuestros Estados ofrecen la mejor brecha a toda potencia que desee desarrollar una política imperialista en la América Iberoamericana.

Ya en este terreno el fenómeno sobrepasa los límites de lo meramente físico y entraña un problema moral de responsabilidad. No se trata sólo del efecto espontáneo de la desigualdad de fuerzas, que en justicia no permite formular cargos a nadie —como no se nos ocurre culpar al amigo rebotante de vitalidad que nos hace doler la mano al estrechárnosla en su saludo—; se trata ya de un nuevo aspecto, que por ser en parte voluntario es censurable y exige otra clase de medidas.

Dejando para más adelante el estudio de su génesis histórica, el fenómeno, pues, podría caracterizarse así: en su raíz inmediata, el hecho físico del desequilibrio entre los poderosos Estados Unidos de Norte América y los débiles Estados desunidos de América Iberoamericana; luego, derivado del anterior, el hecho con significado moral del abuso de su fuerza por los primeros y de torpe la complacencia de los últimos. Es evidente que desaparecido el primer hecho, alcanzado el equilibrio por el robustecimiento de América Latina, to-

do el problema quedaría resuelto. Pero el segundo hecho es el mayor obstáculo para que esa solución opere.

II

Ante esta realidad, dos caminos podemos escoger. O aceptamos llanamente la situación de hecho, conformándonos con ella, a riesgo de perder el señorío sobre nosotros mismos; o, si queremos salvar nuestra individualidad, si anhelamos seguir *siendo*, nos disponemos a encontrar el medio de fortalecernos hasta sacudir toda posible dominación.

Supuesto que escojamos esto último, como parece evidente que debemos hacerlo, ¿dónde y cómo hemos de hallar los necesarios medios para fortalecernos?

Si miramos a cada una de nuestras naciones, veremos que sus solas potencias individuales, por muchas que ellas sean, no bastan, aunque se desarrollen plenamente, para colocarlas en un pie de poderío equivalente al de Estados Unidos.

¿Hemos de confiar nuestra liberación a la ayuda que nos preste, directa o indirectamente, alguna otra de las grandes potencias de la tierra? Innegable parece que el incremento de nuestras relaciones económicas con Inglaterra, Rusia y otros pueblos, mellaría en algo la hegemonía del capitalismo yanqui en América Latina, sobre todo poniéndolo cauto en el abuso. Pero también nosotros hemos de ser cautos. Preciso es que consideremos la realidad geográfica, que nos pone necesariamente en la esfera de influencia norteamericana. Preciso es, además, que consideremos el peligro muy real de echarnos en brazos de otro imperialismo, igual o peor que el que sufrimos.

Pero nuestra propia circunstancia y la vieja idea de unidad iberoamericana, que desde la genial concepción de Bolívar suele golpearlos en los corazones con caracteres de entusiasmo romántico, nos muestra la vía de otra solución. Tal vez podamos encontrar el verdadero remedio para nuestros males, la superación de nuestras deficiencias, en la complementación de todas nuestras debilidades en un grupo compacto que acaso resulte sano y poderoso.

¿Será posible esta solución, que el sentimiento y la lógica aconsejan? ¿Vale la pena poner el hombro a la tarea de alcanzarla?

La comunidad de nuestro origen, de nuestra sangre y de nuestro espíritu latino, o más propiamente ibérico; la comunidad de nuestra flaqueza, a pesar de la cual nos mantenemos, apoyados en la sola fuerza de los principios, en la potencia fecunda de los valores espirituales; la comunidad de nuestra circunstancia económica —naciones escasas de población, fecundas en riquezas aún inexploradas, carentes de capitales, productoras de materias primas y compradoras de artículos elaborados con esas mismas materias en el extranjero, principalmente en Estados Unidos—; la comunidad de nuestras creencias, de nuestros ideales, de nuestras instituciones políticas y jurídicas, de nuestro modo de ser, ¿no nos señalan un destino común a todas las naciones ibéricas del Nuevo Mundo?

Y si tal destino común existe ¿hemos de afrontarlo dispersos, cada cual por su lado, y no unidos en un solo haz en el que todas nuestras potencias, armonizadas e integradas unas con otras, puedan adquirir pleno desarrollo? ¿En qué medida es viable hacer de Iberoamérica una sola unidad que robustezca nuestra fisonomía histórica y nos haga emerger por encima de la condición de naciones dependientes? ¿Es posible forjar una América integrada, no por un semillero de naciones débiles y desparramadas en el Sur, bajo la hegemonía de una gran nación en el Norte, sino por dos unidades poderosas que se complementen recíprocamente en el trato amistoso, en la colaboración económica y, sobre todo, en la misión histórica de depositarios y realizadores de los más altos valores de nuestra civilización cristiana occidental?

Y admitida la posibilidad de esta idea ¿cómo realizarla?, ¿qué es lo que tenemos que hacer?, ¿con qué factores debemos necesariamente contar?

Estas preguntas nos exigen volver la vista hacia nosotros mismos y mirar igualmente hacia Estados Unidos, que es el

otro sujeto de esta relación, el otro actor de este drama.

Mirando hacia nosotros mismos, cabe preguntarnos, primero que nada, por los motivos de nuestra propia debilidad, con la mira de corregirlos. Y acaso encontremos la respuesta en la escasez y mala distribución de nuestra población, en lo reducido y rudimentario de nuestra producción —hechos que se influyen recíprocamente— y en el debilitamiento de ciertas virtudes morales de fuerza creadora, tales como la confianza en nosotros mismos, la fe en nuestros destinos, el espíritu de iniciativa y la constancia en el esfuerzo.

Y tendremos entonces que preguntarnos hasta qué punto será posible superar el círculo vicioso que ataja el incremento de nuestra producción por la escasez de población que le sirva de mercado, y que detiene el aumento de nuestra población por la insuficiencia de producción que la mantenga, mediante la complementación de las economías de todos nuestros países, la coordinación de sus actividades productoras y comerciales para que no se hagan fuego, la apertura de nuestras fronteras, la asignación a cada Estado de rubros legítimos de desarrollo económico, u otras medidas semejantes. Cuestión que a su vez forzará a contemplar el sacrificio de muchos intereses más o menos legítimos en bien del interés superior de nuestro común porvenir.

Y deberemos igualmente plantearnos el problema de nuestra cultura, de vitalizar los valores humanos y espirituales que nos son propios, de formar la conciencia de nuestro común destino y fortalecer los rasgos positivos de nuestra personalidad histórica. Lo que nos llevará a contemplar medidas como la unificación de nuestros sistemas educacionales y la formulación en una sola norma de derecho igual para todos los Estados de Iberoamérica de ciertos principios constitucionales y legales que son comunes a nuestros regímenes jurídicos.

Mirando luego hacia Estados Unidos, deberemos decidir nuestra política respecto a ellos e inquirir cuál será la actitud que adopten con relación a nuestros esfuerzos de superación iberoamericana.

En el primer aspecto hemos de preguntarnos si orientaremos nuestra cruzada liberadora como una lucha contra Estados Unidos, para rompernos la cabeza en la roca durísima de su enorme poder, si hay algo que aconseje o justifique semejante posición; o si, por el contrario, deberemos buscar el robustecimiento de nuestros países iberoamericanos pensando sólo en éstos y con la mira de lograr una mejor cooperación con Estados Unidos, de establecer un trato verdaderamente amistoso entre las dos Américas, trato que supone un pie efectivo de igualdad entre los sujetos que lo realizan. Lo que a su vez nos dará el criterio para decidir nuestra conducta frente a la política de créditos y de inversiones norteamericanas en nuestros países y determinar hasta qué punto hemos de aceptarla y servirnos de ella.

En el segundo aspecto, preciso es que tratemos de averiguar la actitud que Estados Unidos pueda adoptar frente a nuestro esfuerzo, con la que tendremos que contar. Esto nos exige un serio intento para comprender a la nación norteamericana, como asimismo para obtener que Estados Unidos nos conozca, nos comprenda y sepa a qué atenerse respecto a nuestras intenciones. Preciso será que apreciemos en su verdadero valor la diferencia que existe entre el pueblo norteamericano, por una parte, y sus altos círculos capitalistas, por otra, de la cual nos habla de manera clara la política de Buena Vecindad instaurada por el Presidente Roosevelt en el plano internacional, conjuntamente con la del New Deal en la política interna, en contraposición a la vieja diplomacia del dólar o del garrote y del predominio del liberalismo capitalista en la conducción de los negocios internos del país. Y hemos de preguntarnos cómo reaccionarán ante nuestra política los capi-

talistas de Wall Street, de qué manera podremos defendernos de su reacción hostil; si será posible buscar en esta defensa un aliado en el espíritu democrático del pueblo norteamericano y hasta qué punto ha de perseverar el gobierno de Washington en una sincera política de Buen Vecino, interrogantes todas de importancia enorme para nuestra conducta.

He aquí, en breve síntesis, algunas de las cuestiones principales que debemos plantearnos, meditar y resolver si queremos encarar el problema fundamental de América Iberoamericana. Ninguna política de verdadero alcance podrá emprenderse seriamente sin un previo estudio, honrado, sereno y profundo de estas cuestiones. Y la hora nos urge para que acometamos su examen.

En la lucha más o menos declarada que hoy se inicia por la dominación del mundo entre las grandes potencias, cada una de éstas tratará de servirse de nosotros. Ya estamos viendo los primeros síntomas. Y entre nosotros son muchos los que, consciente o inconscientemente, se disponen a servir a esas potencias, acaso sin pensar que sacrifican a Iberoamérica. Indispensable es, por esto, esclarecer luego las conciencias y decidir los trazos de una política que se oriente en función, no de intereses ajenos, sino de nuestro propio destino. Un imperativo de autenticidad y veracidad así lo exige.

Todo parece indicar que los años próximos serán de grave crisis, de hondo drama: Y este drama dará a América Iberoamericana la ocasión para empezar a ser. Pero para que aproveche esa ocasión no ha de estar a todo trance con Estados Unidos contra Rusia, como algunos lo quieren, ni con Rusia contra Estados Unidos, según otros lo desean, sino sólo consigo misma, con la Verdad y con la Justicia.